

Movilizando la iglesia local para la misión integral transformadora



César Marques Lopes

Introducción

CUANDO HABLAMOS DE LA MISIÓN INTEGRAL, varios pensamientos e ideas poco claros invaden nuestra mente, añadidos a las discusiones y controversias que arrastramos desde Lausana 1974. ¿Estamos diciendo que la acción social es más importante que la evangelización? ¿Los números no son importantes? ¿Los pobres tienen prioridad sobre los ricos?

Uno de los conceptos poco claros, y que termina convirtiéndose en uno de los engaños más peligrosos para la Misión Integral, se refiere a la idea de que una iglesia local común es incapaz de cumplirla o promoverla. Después de todo, sería una tarea demasiado grande para que la realice una comunidad eclesial. Sería necesario que para esta tarea se pensara en la iglesia como un todo.

Por supuesto, esta forma de pensar tiene un lado muy positivo: desafía, al menos al principio, a una comunión mayor con otras iglesias, a la difuminación de las fronteras denominacionales en favor de la misión y a la cooperación entre las diferentes partes del cuerpo. No pretendo, de ninguna manera, negar la enorme importancia de la unidad de los cristianos como un criterio para el cumplimiento de la misión. De hecho, el Pacto de Lausana se manifiesta en este sentido al afirmar en el artículo 6: “La Iglesia está en el corazón mismo del propósito cósmico de Dios y es el instrumento que Él ha designado para la difusión del Evangelio.”¹

Sin embargo, el engaño se materializa y se convierte en perjudicial, precisamente porque es imposible que la misión integral sea llevada a cabo sólo por la iglesia local:

La iglesia es, de hecho, una familia de iglesias locales, donde cada una debería estar abierta a las necesidades de las otras y dispuesta a compartir sus bienes espirituales y materiales con ellas. Es a través del ministerio recíproco de misión

César Marques Lopes es pastor presbiteriano; *Obtuvo el Bachiller en Teología y el Máster en Teología Práctica por la Facultad Teológica Sul*



Americana (Londrina, Brasil), donde también fue profesor.

Está cursando un doctorado en Educación en la Trinity International University (USA).

Traducción: Karen Nuñez, Diseño: ChG. © 2011 Misiopedia de la edición española. Este artículo fue tomado de **Missão Integral Transformadora**, (cap.6), Ed. Descuberta, 2005. Usado con permiso.

¹ “...es el instrumento...” “é o agente” en la versión oficial portuguesa. Utilizaremos agente a lo largo del documento. (Nota del traductor).

que la iglesia se hace real, en comunión con la iglesia universal y como concreción local de la misma. (Bosch, 2002: 456).

Es en la iglesia local que la misión integral se concreta, por medio de acciones que promueven el crecimiento en las dimensiones numérica, orgánica, conceptual y diaconal (Costas 1990:113). La iglesia en su conjunto no existe en donde la iglesia local no esté presente. La iglesia universal no está activa donde la iglesia local no esté llevando a cabo esas acciones.

Llegamos entonces a un callejón sin salida: una de las críticas más comunes al movimiento de la Misión Integral en América Latina es que no ha llegado a formar parte de la vida cotidiana de las comunidades locales, de los cristianos, de sus miembros. La misión integral, de hecho, no alcanzó a ser misión transformadora. No todos están de acuerdo con esta crítica: algunos son más optimistas, afirmando que “la misión integral ha alcanzado a casi todos los segmentos de la iglesia” (Barbosa, 2004:118), y se puede cuestionar vehementemente hasta dónde llega esa falta de alcance; está claro que fueron muchos los impactos causados. Sin embargo, no hay duda de que, al menos en parte, la afirmación es cierta: el alcance misionero integral no ha podido ser adoptado como estilo de vida para gran parte de la membresía de las iglesias que, en principio, estaban de acuerdo con esta visión.

Buscaremos, en la presente discusión, responder, básicamente, a dos preguntas a partir del contexto de la iglesia evangélica brasileña: en primer lugar, ¿cuáles son las posibles causas para que, de manera generalizada, la iglesia local no participe tan activamente en la misión integral? En segundo lugar, ¿qué tipo de acciones pueden llevar a cabo los pastores y pastoras, misioneros, misioneras y líderes de la iglesia en general para lograr que una comunidad local participe activamente en estas acciones?

Algunas de las causas de la falta de participación de la iglesia local en la misión integral

Al mencionar algunas de las posibles causas de este problema, no pretendo dar una respuesta exhaustiva, sino presentar algunas dificultades estructurales y teológicas que son recurrentes en nuestras iglesias y terminan formando parte de nuestra identidad evangélica en Brasil. Durante toda esta primera parte, espero que tenga en mente, como criterio fundamental para evaluar la pertinencia o no de los argumentos presentados, la formulación de algunas partes fundamentales del artículo 6 del Pacto de Lausana (énfasis añadido):

Afirmamos que Cristo envía a su pueblo redimido al mundo, así como el Padre lo envió (...) En la misión de servicio y sacrificio de la iglesia, la evangelización es primordial. La evangelización mundial requiere de toda la iglesia para llevar el evangelio integral a todo el mundo. (...) La iglesia es el agente que él señaló para la difusión del Evangelio.

De los tres puntos señalados anteriormente, surgirán los proble-

mas apuntados. El ideal preconizado por el Pacto y afirmado por las Escrituras es que el pueblo de Dios se sienta enviado, que la iglesia entera experimente y sea agente de la Misión Integral, es decir, que tome una posición activa y no pasiva.

Pastoral versus misión: una falsa dicotomía que paraliza a la iglesia

A lo largo de estos milenios de desarrollo del cristianismo, la iglesia occidental ha adquirido un hábito extremadamente problemático: dividir al mundo, prácticamente en todas las esferas de su pensamiento, en dos extremos opuestos y mutuamente excluyentes. Así tenemos el ejemplo de la dicotomía entre cuerpo y alma. Otra dicotomía clásica es la que existe entre lo físico y lo espiritual. Estas dos son tal vez las más cancerígenas de la historia de la iglesia, que causan un enorme desequilibrio en la acción misionera del pueblo de Dios y que se presentan como uno de los puntos clave abordados por la teología de la Misión Integral, que busca exterminar esta falsa división que enfrenta el ser humano como un todo.

El ideal preconizado por el Pacto y afirmado por las Escrituras es que el pueblo de Dios se sienta enviado, agente de la Misión Integral y tome una posición activa y no pasiva.

Existe otra dicotomía igualmente peligrosa: la separación que se hace entre la *acción pastoral*² del pueblo de Dios y su *acción misionera*. El sentido común del cotidiano eclesial encara la primera esfera como una acción interna de la iglesia. El concepto de la pastoral se discutirá con mayor detalle en la siguiente sección, pero por ahora, basta entender que las actividades tales como la liturgia, la edificación, la *koinonia*, y otras, son encaradas como pastorales, como dedicadas exclusivamente (y sabemos que esa palabra no está fuera de lugar aquí; por el contrario, el carácter exclusivista está muy presente) a los que ya son miembros o a quienes frecuentan la iglesia local.

Por otro lado, la esfera de la actividad misionera se centra *fuera* del ambiente eclesial. Se entienden como misioneras, desde este punto de vista, aquellas acciones encaminadas al alcance y la expansión de la iglesia local, más allá de las paredes de la iglesia, en dirección al mundo.

Esta separación, en sí misma, no es tan problemática. En un primer momento, no hay ningún problema en planificar las acciones de la iglesia desde la perspectiva de que, efectivamente, existen acciones centradas más habitualmente dentro o fuera de ella. Sin embargo, esta *separación* ha avanzado en dirección a la *oposición*. Es decir, en la práctica, el elemento *pastoral* terminó siendo opuesto al *misionero*. No es nada raro encontrar a hermanos y hermanas, que en el inicio de su preparación ministerial en un seminario, afirman: “Mi llamado es más pastoral que misionero” o: “Fui llamado(a) para cuidar de la iglesia, no para ser un misionero(a)”.

Jorge Barro propone para este callejón sin salida, una solución profundamente acorde con la teología de la misión integral. Él sugiere que dejemos de ser simplemente pastores de una iglesia local o denomi-

² Soy consciente que la expresión pastoral es utilizada en forma diferentes en las distintas ramas del cristianismo. Utilizo el término para hacer referencia a la acción de los pastores de la iglesia. Más adelante aportaré una discusión más profunda, al discutir la división entre clero y laicos.

nación para convertirnos en pastores del reino de Dios:

Es posible ser pastor de una iglesia o denominación local sin ser un pastor del reino de Dios... Quien es pastor del reino de Dios, invierte en el reino de Dios. Invertir los recursos de la iglesia en el cumplimiento de la tarea misionera, en la transformación de la sociedad, convierte a su iglesia en una agencia de Dios para la redención de su ciudad. (Barro, 2003:198–199).

Cuando percibimos la necesidad de ser pastores del reino de Dios, empezamos a entender que no hay acciones eclesiales que son, según la nomenclatura de este punto de vista, exclusivamente pastorales. No hay acciones eclesiales cuyo único propósito sea llegar a personas que ya están dentro de la iglesia. La perspectiva correcta es exactamente lo contrario. El ministerio existe única y exclusivamente con una finalidad misionera. Y quien afirma esto es el apóstol Pablo:

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. (Efesios 4:11–13 énfasis añadido).

En otras palabras, el objetivo de la dimensión pastoral de la acción de la iglesia es “preparar a los santos para la obra del ministerio” (v. 12), una preparación que lleva a la edificación del cuerpo de Cristo, a la madurez, el conocimiento del Hijo de Dios, a la plenitud de Cristo y luego, de nuevo, a la misión. La “edificación del cuerpo de Cristo” aquí no debe ser concebida exclusivamente como la dimensión didáctica de la acción pastoral, como la enseñanza de los que ya son miembros de la iglesia, sino que debe entenderse como la construcción del cuerpo de Cristo, del reino de Dios, expandiéndose dentro del mundo, alcanzando a aquellos que carecen de la gloria de Dios. El Pacto de Lausana, en el artículo 1, dice lo mismo:

Afirmamos nuestra fe en un solo Dios eterno, como Creador y Señor del mundo, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, que gobierna todas las cosas según el propósito de Su voluntad. Él ha estado llamando, del mundo, un pueblo para Sí, y enviándolo al mundo como siervos y testigos Suyos, para la extensión de Su reino, la edificación el cuerpo de Cristo y la gloria de Su Nombre.

En resumen, leyendo el capítulo 4 de Efesios desde la perspectiva del Pacto de Lausana, el propósito de Dios para la acción pastoral es que ella prepare a toda la gente de la iglesia para la actividad misionera en el mundo. En otras palabras, el propósito es que, en el lenguaje de nuestro criterio fundamental mencionado anteriormente, las personas sean enviadas.

Esta afirmación es ¡terriblemente simple y liberadora! El objetivo de la acción pastoral no es, por lo tanto, calmar el ego de esas personas, trabajar para que ellas alcancen la así llamada prosperidad, ofrecer las

novedades más emocionantes de la espiritualidad, promover los *espectáculos de la fe*; ni siquiera es, finalmente, *hacer* el trabajo de ministerio por ellas. Es, pura y simplemente, enviarlas para que *ellas mismas* puedan hacer este trabajo.

Esto invierte completamente nuestra perspectiva en cuanto al éxito del ministerio. Este éxito no se mide por el tamaño de la iglesia, su presupuesto, el número de congregaciones, o por el tiempo que alguien se queda en la misma iglesia. En palabras de Charles Van Engen, “el éxito o el fracaso de la obra y el ministerio de la persona ordenada serán juzgados *sólo* en función del grado en que la iglesia se torne un pueblo misionero” (1996:201, énfasis añadido).

También para René Padilla, un ministerio pastoral que alimente la misión integral constituye el verdadero criterio para juzgar el éxito de un ministerio. El defiende que “la cuestión realmente importante con respecto al crecimiento de la iglesia no es la expansión numérica exitosa –un éxito de acuerdo a los criterios del mundo–, sino la fidelidad al Evangelio, que por cierto impulsará a orar y a trabajar para que más personas se conviertan a Cristo” (1992: 44).

Orlando Costas es otro teólogo latinoamericano que coloca la movilización para la misión como la tarea primordial del ministerio pastoral: “de todas las tareas atribuidas al ministerio pastoral, ninguna es tan completa y tan crucial como la movilización de los fieles para el testimonio” (1979).

Debo mencionar todos estos autores porque la afirmación de que el carácter misionero de la gente de la iglesia es el *único* criterio para medir el éxito de un ministerio puede parecer exagerada. Sin embargo, es exactamente esa la idea que el texto bíblico de Efesios 4 trasmite: no existe otro propósito, al contar con personas que realicen esta función pastoral, más allá de *convertir* los miembros de la iglesia en nuevos misioneros del reino de Dios.³

La separación y oposición entre lo pastoral y lo misionero trae graves consecuencias para la misión integral. La primera de ellas también se indica en el artículo primero del Pacto de Lausana: “Confesamos con vergüenza que, a menudo, hemos negado nuestro llamamiento y fallado en nuestra misión, debido a que nos hemos conformado al mundo o nos hemos aislado demasiado de él.” Es decir, la Misión Integral tampoco se ha realizado correctamente porque nos aislamos como pueblo de Dios, en nuestra concepción exclusiva de lo pastoral, en busca de compañerismo, adoración y edificación, todos estos, aspectos importantes de esta misión, pero que no contemplan la totalidad de la misma. Se valorizan, por lo tanto, algunos aspectos de la misión en detrimento de otros – lo que hace que la Misión Integral, simplemente, no sea cumplida.

En segundo lugar, observando la práctica, en la que lo pastoral se

³ Esa es otra idea defendida por Van Engen: “podría defenderse que la conversión plena, en el sentido bíblico, es un proceso triple que implica 1) la conversión a Dios en Jesucristo, 2) la conversión a la iglesia, el cuerpo de Cristo, y 3) la conversión al ministerio en el mundo por el cual Cristo murió” (1996:195).

va tornando en un fin en sí mismo, tenemos un proceso continuo de creciente demanda de nuevas experiencias que dará como único resultado una pasividad misionera cada vez mayor. Es lo que Norberto Saracco llama *activismo inconsecuente*:

El activismo inconsecuente es una de las características de la iglesia latinoamericana contemporánea. La búsqueda de un éxito que sólo busca el propio éxito, sumió las iglesias en una frenética carrera en pos de experiencias y actividades que puedan mantenerlas entretenidas siempre. Nuestra preocupación es que la respuesta al llamado misionero puede tener marcas de un gran proceso que está en perpetuo movimiento, sin llegar, de hecho, a ningún lugar. (2001:502).

En tercer lugar, la falta de integración entre lo pastoral y la misión integral genera un proceso de división entre las iglesias. Si el propósito principal de la acción eclesial se está tornando hacia su interior, es evidente que la otra comunidad es una *competencia*, ya que busca también ejercer una atracción sobre las personas para que estas queden dentro de sus muros. Cuando el criterio para la acción eclesial es la misión, este problema se termina, ya que las personas también son impelidas desde adentro de su comunidad eclesial hacia afuera, en dirección al mundo.

Finalmente, considerar el crecimiento numérico y el grado de *entretimiento*, en lugar de la participación de la gente en la iglesia, como criterio para evaluar el éxito del ministerio, puede tener consecuencias todavía más trágicas: pueden destruir la acción misionera integral y condenar a una comunidad eclesial al más absoluto fracaso. Es lo que dice Jorge Barro, en forma dura y realista:

La comercialización, la teatralización de los púlpitos, la competencia entre las iglesias, la manipulación de las masas, y la espectacularidad de la fe tienden a minar el amor, la motivación y la ética cristiana [o, en otras palabras, la acción misionera integral]. Por lo tanto, la razón para el éxito de estas iglesias, sin duda, se convertirá en la razón de su fracaso en el futuro, ya que todas estas cosas un día pasan de moda, se vuelven obsoletas, cansan. (2004:22).

La primera gran dificultad, por tanto, para la movilización de la iglesia local para la acción misionera integral es una falsa división entre pastoral y misión, entre la acción dentro de la iglesia y fuera de ella; es la idea de que hay pastores *en oposición* a misioneros. Pero ésta no es la única división errónea en el día a día de la iglesia. Hay una segunda razón, igualmente peligrosa: la división entre clérigos y laicos.

Clericalismo: una profunda división entre el pueblo de Dios

El misiólogo estadounidense Charles Van Engen hace una afirmación alarmante: “La iglesia está compuesta de 10% de personas activas, imprescindibles y dedicadas, y de un 90% de personas inactivas, periféricas, semi-interesadas. Aunque los porcentajes varíen, el patrón es el mismo en muchas congregaciones” (1996:192). Ciertamente, la práctica

La primera gran dificultad para la movilización de la iglesia local es una falsa división entre pastoral y misión; la idea de que hay pastores en oposición a misioneros.

ministerial de los pastores y pastoras en Brasil demuestra la verdad de esta afirmación.

Innumerables explicaciones pueden darse a este fenómeno. Creo que una de las más relevantes y verdaderas es aquella que se centra en una profunda división de las filas cristianas, casi tan antigua como el cristianismo, entre dos clases distintas: *el clero y los laicos*.

La primera de estas clases está compuesta por personas que realmente deciden los destinos y las rutas de las iglesias locales y de las denominaciones. Normalmente, estos son los pastores y pastoras, además de personas cuya nomenclatura puede variar de acuerdo con la tradición denominacional: son presbíteros, ancianos, diáconos u otros títulos que se refieren a aquellos que no son necesariamente ministros(as) de tiempo completo, pero que participan directa y activamente en la toma de decisiones. Y terminan siendo los agentes ministeriales, personas especiales que, de acuerdo con la mentalidad que parece dominar nuestras iglesias, tienen acceso exclusivo a los dones y ministerios, monopolizando los carismas del Espíritu Santo y el contacto con Dios.

La segunda clase se compone de los miembros en general. Son apenas una *platea* que observa el rendimiento de los clérigos y que es bendecida por su intermediación. En algunas iglesias, los laicos son invitados regularmente a participar más activamente en la vida comunitaria, pero en la práctica no tienen muchas oportunidades de hacerlo normalmente, no están tan bien *preparados* (o *ungidos*, de nuevo según la tradición de la denominación) como sus líderes. En la mayoría de las veces, el laicado incluso se considera “como inmaduro, menor de edad y totalmente dependiente del clero en los asuntos religiosos” (Bosch, 2002:566).

Esta perspectiva distorsionada en realidad se fue construyendo a lo largo de más de dos mil años de historia de la iglesia cristiana. Durante los primeros años del cristianismo, los textos bíblicos nos dan una perspectiva bien equilibrada del ministerio, pero ya se comienza a evidenciar algunas tendencias muy consistentes hacia la clericalización. De acuerdo con Martin Volkmann:

El análisis del testimonio bíblico en relación con el ministerio de la iglesia nos lleva a concluir lo siguiente:

- *A partir del bautismo, cada persona es dotada de un carisma que le permite y le encarga que se comprometa en la causa del evangelio;*
- *en la iglesia primitiva, no hay un límite/reparto de cargos, sino, más bien, una variedad de funciones ministeriales;*
- *a medida que la iglesia va tomando forma, algunos ministerios – obispos, presbíteros y diáconos – pasan a recibir mayor atención, más aun, comienzan a concentrar en sus manos las funciones ministeriales. (1998:86).*

El más antiguo concepto bíblico señalaba el hecho de que *cada bautizado* es un misionero. No estoy diciendo aquí, y no pretendo entrar en esa discusión, que el bautismo en sí mismo es el que concede el ca-

risma al cristiano o cristiana. Se constata solamente que el bautismo es la puerta de entrada a la vida ministerial del pueblo de Dios.

Pero, como podemos ver, los primeros (y podemos añadir, casi inevitables) pasos hacia una *sacralización* del ministerio se dan al final de los tiempos bíblicos. Una jerarquización que originalmente tuvo lugar en el ámbito de la *funcionalidad*, acabó llevando a una *concentración de poder*. Esta tendencia se intensifica en los siglos posteriores, cuando la Iglesia Católica Romana pasa a concebir el ministerio cristiano de forma fundamentalmente clerical: la entrada a la vida ministerial ya no se da por el bautismo sino por la ordenación. El ministerio de la iglesia, el conjunto de actividades encaminadas a cumplir con su misión pasa a ser, literalmente, monopolio del clero.

En el siglo XVI, los reformadores presentan un discurso que es radicalmente contrario a este concepto. Establecen lo que se conoce como la doctrina del *sacerdocio de todos los creyentes*. La misma rescata la comprensión neotestamentaria de que cada creyente es un depositario de los carismas del Espíritu Santo siendo, por lo tanto, un(a) ministro(a) de Dios para el mundo. A pesar de esta bella formulación teórica, la práctica resultó ser un poco diferente. En las iglesias protestantes de esa época todavía había una gran separación y preponderancia del clero. Las formulaciones eclesiológicas de dos de los principales teólogos de la Reforma, Martín Lutero y Juan Calvino, parecen ser altamente dependientes de la estructura clerical.

A partir del siglo XIX, la distinción entre clérigos y laicos en el ejercicio de los ministerios y el cumplimiento de la misión pasa a formar parte del propio currículo teológico. El proceso se desarrolla considerando que en ese tiempo la teología, junto con otras ciencias, trataba de adaptarse a los nuevos paradigmas de la Ilustración. Esta adaptación terminó acentuando una tendencia que ya se hacía sentir desde el inicio de la sistematización de la teología (a partir del siglo XIII, con Santo Tomás de Aquino): el distanciamiento entre la academia y la comunidad de fe, entre lo que se enseñaba en las universidades y la iglesia todos los días.

Como reacción, las escuelas de teología comienzan a darse cuenta de la necesidad de un acercamiento entre el resultado de la producción teológica académica y la vida cotidiana de la iglesia, es decir, la propia experiencia de fe, dando lugar a una nueva área de conocimiento teológico, centrada en las cuestiones prácticas del ministerio. Esta nueva área será llamada Teología Práctica. En algunos seminarios en Brasil también se conoce como Teología Pastoral.

El problema es que esta nueva área estaba constituida por una serie de técnicas que exclusivamente el pastor debía aplicar al ministerio: la ministración de la Palabra, de los sacramentos, la conducción de la liturgia y la administración de la disciplina eclesiástica. Con el tiempo, esa Teología Práctica o Pastoral, de hecho, terminó convirtiéndose en una especie de *Teología del Pastor*. En otras palabras, rápidamente se convirtió en una teología para el ministerio *en la iglesia* en vez de lo que debería ser: una teología de ministerio *de la iglesia*. De esta forma,

comenzó a concebirse una *Teología Pastoral* propiedad del clero, de los pastores, de la propia jerarquía de la iglesia.

Esta concepción se volvió frecuente en el ambiente teológico y, de esta manera, el concepto se solidificó. Incluso hoy en día, a pesar de los intentos de reformar el sentido del término, es corriente la idea de que la Teología Pastoral se refiere exclusivamente a la práctica eclesial de la persona que es ordenada al ministerio pastoral. Si tenemos en cuenta la realidad de las iglesias evangélicas de Brasil, esta perspectiva se ve reforzada por el hecho de que el protestantismo aquí presente ha sufrido y sufre la influencia directa del protestantismo norteamericano, en el que se encuentra esta misma identificación entre el pastor y la teología y la práctica pastoral. Por lo tanto, en general, el concepto predominante de la teología pastoral en la práctica eclesiástica brasileña es el que se relaciona con la formación del *profesional* responsable de la vida cotidiana de la iglesia.

El campo de la pastoral no se limita a la vida eclesiástica de las personas, sino que abarca toda su vida

Sin embargo, últimamente, las teologías de un carácter más político y popular se propusieron repensar la división de funciones entre el clero y los laicos. Esta inversión se lleva a cabo en 1950, cuando el concepto de Teología Práctica se revisa y, en consecuencia, el de Teología Pastoral y la propia misión de la iglesia.

Este proceso todavía está activo. James Farris afirma que: “La Teología Práctica fue y sigue siendo llamada Teología Pastoral (en el sentido de la teología del pastor). Sin embargo, la acción pastoral no sólo se refiere al trabajo del pastor. La acción pastoral está cada vez más comprometida con la acción de la comunidad de la iglesia, o los actos de los creyentes” (2001:90).

La pastoral viene así a ser vista como la acción de la iglesia, la acción del pueblo de Dios, y comienza a acercarse al concepto de que la misión y ministerios son responsabilidad colectiva. En este sentido, es muy relevante la definición que Ronaldo Sathler Rosa tiene de este término:

Cuando nos referimos al término “pastoral”, indicamos la acción de la iglesia, el clero y los laicos, con el fin de que el Evangelio se realice en la vida de las personas, en los múltiples relacionamientos y en la organización social. Esta acción, ya sea teórica o práctica, puede adoptar diversas formas dependiendo de las necesidades y del contexto de cada situación. (1996:21).

Debemos prestar atención por lo menos a tres aspectos de esta definición ofrecida por Rosa. Primeramente afirma que la pastoral es la acción de la iglesia, tanto del llamado clero como del laicado. No se trata pues de minimizar o desestimar el papel del pastor en esta acción. No se puede caer en el error de un movimiento al estilo del péndulo, salimos de un *pastorcentrismo* radical hacia una marginación radical de la figura del pastor o hacia una interpretación errónea de su persona y función. Discutiremos más adelante cuál debe ser el papel del pastor en la movilización de la iglesia local para la acción misionera integral, pero ya podemos apuntar a la declaración de David Bosch, “el sacerdocio del ministerio ordenado debe posibilitar, y no eliminar, el sacerdocio de la

iglesia en su totalidad”. No se trata, por tanto, de poner fin al papel del pastor, sino en realidad, de revitalizar y promover el papel de los cristianos no ordenados en la acción eclesial.

El segundo aspecto a destacar es el del *campo* de la pastoral: no se limita a la vida eclesiástica de las personas, sino que, según Rosa, *abarca toda su vida*, en sus relaciones y en sus organizaciones sociales. Una vez más, no consiste en minimizar o despreciar la realidad del entorno eclesial en el que la acción pastoral se desarrolla, sino en revitalizar y promover la acción, que también tiene un carácter esencialmente eclesial (ya que es desarrollada por el agente llamado iglesia) pero que sucede fuera de este entorno.

Por último, cabe destacar la idea de que el trabajo pastoral es *multifacético*, es decir, que asume muchas formas y características. Esta multiplicidad es a la vez consecuencia y causa de la necesidad de la acción del pueblo de Dios en su conjunto. En consecuencia, desde el momento en que tenemos diferentes personas con diferentes carismas que ejercen funciones ministeriales y misioneras, también tenemos diferentes caminos y estrategias para tal ejercicio. También, si es necesario que tengamos una acción multiforme, será preciso contar con agentes de esa multiplicidad. En otras palabras,

Sólo cuando la iglesia ejerce el sacerdocio de todos sus miembros es que ella puede materializar la misión integral para la cual está siendo desafiada. Para completar una misión que incluye, entre otros ministerios, la evangelización, el bautismo, la enseñanza, el asesoramiento, la liberación, la restauración, la misericordia y la acción social, no hay otra manera salvo la totalidad de sus miembros. (Padilla y Yamamori, 2003:125).

El segundo gran problema, por lo tanto, para movilizar a la iglesia local hacia el cumplimiento de la misión integral es la realidad, pura y simple, de que la mayoría de la gente sentada en las bancas de nuestras iglesias simplemente no tienen idea de que son agentes misioneros de Dios. No recuerdan la declaración del artículo 6 del Pacto de Lausana, que establece que “La evangelización mundial requiere de toda la iglesia para llevar el evangelio a todo el mundo.” Se conciben a sí mismos, finalmente, como *objetos* de la pastoral y no como *sujetos de la misión*.

La falta de iniciativa: la no-acción como característica básica de los evangélicos brasileños

Piénselo bien. Si alguien le preguntase a un miembro de su iglesia, cuáles son las características de un evangélico, ¿cuál sería la respuesta? Probablemente sería algo así como que es alguien que no bebe, no fuma, no juega, no roba... Durante muchos años, los evangélicos han sido incluso clasificados como aquellos que *no hacen* una serie de cosas, que *no toman* una serie de actitudes. Este rasgo persiste en un gran número de iglesias evangélicas. La no-acción se valora y se identifica como un rasgo de santidad, como la característica más importante de un cristiano. Es lo contrario de lo requerido por el artículo 6 del Pacto de Lausana: “La iglesia es el *agente* (...) que Él promovió para la difusión del Evangelio.”

Esta no-acción puede ser observada en otros campos además de la ética. Por ejemplo, muchos de nosotros hemos sido entrenados (y algunas veces entrenamos a las personas bajo nuestro liderazgo) a la no-acción teológica. Y aquí, no hago referencia a la teología producida en facultades o seminarios, sino que estoy haciendo pura y simplemente una reflexión sobre la fe: los evangélicos están entrenados para no pensar demasiado acerca de su fe. Después de todo, la fe escapa a la razón humana, es una locura para la gente, no se puede entender.

En principio, esto puede ser considerado válido incluso para los asuntos más misteriosos de nuestra fe. ¿Quién va a ser capaz de explicar con todo detalle una doctrina como la de la Trinidad? Sin embargo, incluso sin entender completamente esta doctrina, yo sé que tiene implicaciones prácticas para la comunidad local. Por ejemplo, Reginald Zuben afirma que la plena e íntima comunión entre Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo representa un estímulo a la comunión del pueblo de Dios (2005:71). No puedo entender plenamente la doctrina de la Trinidad, ¡pero puedo entender esa implicación práctica!

El gran problema es que la invitación a la no-reflexión pasa por la vida cotidiana de nuestras iglesias. No es difícil ver a pastores y pastoras imponiendo su voluntad a una comunidad en particular e intimidando a las personas a no cuestionar lo que se dice desde el púlpito. Después de todo, es Dios quien habla allí.

Otro campo en el que la no-acción es evidente es el político-social. Durante décadas, hemos desarrollado la idea de que los cristianos no deberían involucrarse, por ejemplo, en la política. En los últimos años vemos un cambio en ese pensamiento, pero a veces ha sido para peor. Muchos evangélicos fueron elegidos parlamentarios y ocupan un lugar importante en la escena política nacional, pero hay muchos que sólo se preocupan de los problemas más inmediatos: una concesión de radio, vetar un proyecto de ley que podría ‘complicar’ la situación de las iglesias evangélicas (ejemplos recientes son el tema del nuevo Código Civil y de la tributación de renta de las iglesias). Y la acción misionera integral termina siendo la más perjudicada, aunque no niego que hay algunas acciones intencionales que buscan mejoras estructurales en la nación.

Esta aversión a lo político-social se debe a que leemos preferentemente aquellos pasajes que hablan de la salvación celestial eterna que se nos ha prometido; sabemos de hecho que *no somos de este mundo*, que el mundo es del maligno... pero no deberíamos olvidar leer Juan 17:15 y 18 donde Jesús dice: “No ruego que los quites del mundo... Así como el mundo me envió, así yo los envío al mundo.” Es decir, no estamos invitados a escapar de esta realidad que nos rodea, sino a abrir nuestros ojos a un mundo al cual Jesús nos ha enviado.

Estos son sólo tres ejemplos que ilustran la profunda huella de una ética de la no-acción en la iglesia evangélica brasileña. Esto acarrea un daño terrible a la participación de la iglesia local en la misión integral. Después de todo, nuestros hermanos y hermanas (y tal vez nosotros mismos) han sido entrenados para *no involucrarse, no reflexionar*

Fuimos entrenados para no involucrarnos, no reflexionar y no actuar. Sin embargo, siempre que hablamos de la Misión Integral, estamos hablando de algo que tenemos que hacer.

y *no actuar*. Sin embargo, siempre que hablamos de la Misión Integral, estamos hablando de algo que tenemos que *hacer*. La ética de la no-acción, simplemente, no funciona cuando pensamos en esa dimensión misionera integral. No basta simplemente no robar en una sociedad donde el robo de los políticos y hombres de negocios trae profundas consecuencias para la población. No basta simplemente no usar drogas en las ciudades y barrios donde los niños están involucrados en el tráfico de narcóticos y mueren cada día como resultado. No es suficiente limitarse a no matar en un mundo dominado por los intereses codiciosos que hablan más fuerte que la vida de los más pobres, o no ser violento en un mundo donde los prejuicios raciales y la intolerancia religiosa fragmentan a personas alrededor de todo el mundo. Se necesita algo más. Es necesario un involucramiento misionero integral.

El tercer gran problema que enfrenta la misión integral, por lo tanto, para que haya una mayor participación de la iglesia local es la ética de la no-acción. Y los tres aspectos de la ética listados aquí se muestran exactamente como tres áreas clave en la movilización de la iglesia local para la Misión Integral: necesitamos compromiso, reflexión y acción. Vamos a ocuparnos de ellas en la última parte de este artículo.

Involucrando a la iglesia local en la misión integral

Habiendo señalados los principales problemas que dificultan la movilización de la iglesia local para la Misión Integral, queda la pregunta: ¿Cómo promover esa movilización? ¿Cómo hacer que los miembros de la iglesia local se conviertan, de hecho, en agentes misioneros?

No hay respuestas fáciles y prefabricadas para esta pregunta. Yo no creo que sea posible establecer siete pasos o diez etapas que resolverían el problema. Ese pensamiento matemático anglosajón no siempre funciona allí, ¡y cuánto menos aquí!

Sin embargo, creo que sí hay algunos principios que pueden ser observados y adaptados a la realidad de su iglesia local. Es el método el que debe adaptarse a la realidad, no la realidad al método. Vamos a seguir la idea que hemos señalado al final de la sección anterior: la movilización de una iglesia local para la misión integral requiere participación, reflexión y acción.

La participación como punto de partida para una acción misionera integral

“Ojos que no ven corazón que no siente”. Todos conocen esa frase. Particularmente, en algunos momentos hasta llegué a dudar que eso fuera cierto. Después de todo, todos pueden ver la situación desesperada en la que se encuentra la humanidad: sólo tiene que ver cualquier programa de noticias de la televisión y la miseria humana invadirá la habitación. Pero como se suele decir, parece que *la ficha no cayó*.⁴ Parece que hemos perdido la capacidad de conovernos, de ver crecer en nuestros

El punto de partida para pensar en una acción misionera integral es la experiencia con situaciones de necesidad integral.

4 Expresión típica brasileña. “no caer en la cuenta” (n.d.t.).

corazones la compasión, un sentimiento diferente de lo que llamamos pena o lástima. Tanta violencia, tanto sufrimiento, terminó volviéndonos insensibles. Sin embargo, es posible recuperar la sensibilidad y despertar el involucramiento.

Esa recuperación ya no parece posible desde el púlpito o los bancos de la iglesia. Continúa, por supuesto, siendo necesario que nuestros púlpitos estén llenos de mensajes sobre la necesidad de una misión integral. Pero entendemos que ese es el punto de partida y nos puede dejar estacionados ahí. También es un error hermenéutico. Debemos recordar que la reflexión sobre los acontecimientos relacionados con la fe es siempre un *acto segundo*. En primer lugar, no en importancia sino en cronología, viene la práctica, viene el acontecimiento de la fe. Y entiendo que el punto de partida para pensar en una acción misionera integral es, por lo tanto, la experiencia con situaciones de necesidad integral.

La Biblia nos dice que Jesús, “al ver las multitudes, tuvo compasión de ellos” (Mateo 9:36). En otras palabras, cuando sus ojos vieron a las multitudes que deambulaban por la Palestina del primer siglo, su corazón sintió una intensa compasión por ellos. Su visión estaba *in situ*, presente en el lugar con todos sus sentidos. No era una visión a distancia mediada por algún instrumento, como un televisor, un libro, o alguien que le hablaba de una situación determinada. Preocupado de que sus discípulos escucharan sus enseñanzas, presenciaran la práctica de los milagros, y aun así, no estuviesen movilizados para el cumplimiento de la misión que él iba a dejarles, Jesús proporcionó una forma en que los discípulos estuvieran involucrados con la realidad de su pueblo: los envió de dos en dos, por un período corto de tiempo para realizar algunas acciones de corta duración (Lucas 10.1ss). Los discípulos de Jesús en las iglesias locales del siglo XXI necesitan de tales experiencias.

Para tener una participación real y efectiva es necesario que haya compasión, la cual sólo se encenderá cuando podamos experimentar el contacto físico con personas que atraviesan una situación de sufrimiento. Una cosa es saber que millones de brasileños viven por debajo del umbral de pobreza. Otra, totalmente diferente, es *experimentar* una situación por debajo de la línea de pobreza.

Es fundamental decir que esta participación y la experiencia de situaciones no pretende ser equivalente a lo que hoy en día se hace en la televisión a través de programas que exponen las deformidades, problemas familiares y casos de violencia como un fenómeno de circo. También es diferente de *los tours* para extranjeros a las *favelas*⁵ de Río de Janeiro. Estamos hablando de vivencia y comunión, en una relación de hermandad y compasión (y nunca de lástima y superioridad) con las personas menos favorecidas.

Cualquier persona, pastor(a) o el líder de un ministerio o una célula, que quiere ver al grupo bajo su liderazgo involucrado con la acción de la Misión Integral, necesita promover las oportunidades de contacto con la realidad de nuestras ciudades. Esta realidad se puede encontrar en los barrios marginales y asentamientos, también se puede encontrar en

5 Expresión brasileña: Barrios de chabolas e infra-vivienda. (n.d.t.).

los hospitales (públicos o privados) donde las personas, ricas o pobres, necesitan no sólo una palabra de esperanza para la salvación de sus almas, sino también un consuelo para sus emociones y una recuperación de su autoestima. Esa oportunidad se puede encontrar en las escuelas secundarias y primarias (de nuevo, públicas o privadas); se puede encontrar en numerosos lugares a los cuales el Señor de la cosecha puede dirigir a sus siervos. Sólo basta que ellos y ellas se pongan a su disposición.

Bajo riesgo de extenderme demasiado en este punto, quiero hacer hincapié en que para tener una participación real de la iglesia local en la Misión Integral, es necesario un cambio en la concepción de lo que es *pastorear* y *ser pastoreado*. Esta idea puede parecer extraña; después de todo, hablamos del hecho de que el gran problema es que los miembros de la iglesia local no se involucran tan estrechamente con la Misión Integral y mi primera sugerencia es un ¡cambio en su concepción del pastorado y el liderazgo!

El hecho es que nosotros los pastores, pastoras y líderes, somos en gran parte responsables de esta no-participación. Nosotros, en esta llamada posmodernidad, tergiversamos el concepto de lo que es pastorear. Ricardo Barbosa dice: “Muchos cristianos hoy en día son mimados” (2004:120). Confundimos este reto maravilloso con la idea de entretener. Entretenemos a nuestras ovejas en lugar de pastorearlas enviándolas a la misión integral, como Peterson explica:

Los pastores se han convertido en un grupo de gerentes de tienda, siendo que los establecimientos comerciales que dirigen son iglesias. Las preocupaciones son las mismas que las de los gerentes: cómo mantener contentos a los clientes, cómo atraerlos para que no vayan a las tiendas de la competencia que están en la misma calle, cómo empacar sus productos para que los consumidores gasten más dinero con ellos (...) Esos empresarios tienen sus mentes ocupadas por estrategias similares a las de franquicias de comida rápida, y cuando duermen, sueñan con el éxito que atrae la atención de los medios de comunicación. (2000:2).

Nuestra concepción del ministerio pastoral debe ser llevar a la gente a la misión. Una por una, las ovejas necesitan ser invitadas a participar en la misión de Dios. Recuerde lo que hablamos anteriormente: El éxito de nuestro ministerio se medirá ante Dios, no por el tamaño de nuestras iglesias, sino por la forma en que nos involucramos en una misión integral transformadora.

¡Tenemos que cambiar nuestra concepción del ministerio pastoral y del liderazgo! Si seguimos al ritmo de la iglesia posmoderna que sólo ofrece bienes espirituales para el consumo, no vamos a tener aliento suficiente para seguir todos los cambios de moda y del empaque de los productos. Debemos, de una vez por todas, dejar de pensar en los miembros de nuestras iglesias como *consumidores*. Ya sea en un ministerio tradicional, imaginando que la gente quiere consumir sermones bien preparados, bien predicados, bien colocados en medio de una liturgia formal, o en un ministerio de unción y poder, creyendo que la gente quiere consumir señales y prodigios. El hecho es que muchos de

nosotros tenemos esta mentalidad. Los únicos resultado certeros de esta estrategia son la no-participación de la comunidad y la enfermedad: del pastor, por no suministrar los bienes necesarios con la renovación que exige el mercado; de la gente en nuestra iglesia local, ya que nunca dejarán de estar enfermas, para nunca perder la oportunidad de levantar la mano en una oración, y, finalmente, de todo el cuerpo de Cristo, que *engorda*, pero no puede desarrollarse plenamente debido a la inmadurez espiritual que nosotros mismos le infligimos.

Pastorear y liderar, por lo tanto, no es crear situaciones de placer o bienestar como un fin en sí mismos. Significa poner a las personas pastoreadas y lideradas en situaciones misioneras, en condiciones de trabajar para la implementación del reino de Dios.

Los miembros de nuestras iglesias también tienen que volver a aprender lo que significa ser pastoreados. Esta es la otra cara de la moneda. Las personas no buscan el crecimiento espiritual y el desarrollo de discernimiento para cumplir la misión. Parece que no son capaces de tomar sus propias decisiones, dejando su área de seguridad dentro de las paredes de la iglesia en dirección al mundo hostil en el que vivimos. Siempre están buscando a la pastora más ungida, al profeta más bendecido, siempre en busca de alguien con más poder para bendecir su vida, y se olvidan de que ellos mismos están llamados a bendecir la vida de los demás.

Estoy sorprendido de ver que, semana tras semana, las mismas personas respondan a los mismos llamados, estando siempre enfermas, necesitadas y débiles. A diferencia de todos aquellos curados por Jesús, nuestros enfermos de hoy no están dispuestos a “seguir a Jesús glorificando a Dios” (Lucas 18:43), sino que siempre se colocan en una posición de víctimas indefensas de Satanás o de las dificultades de la vida, sin avanzar ni un paso hacia el cumplimiento de la misión.

Ser pastoreado o liderado, en definitiva, no significa ser servido, sino ser supervisado al mismo tiempo que uno se coloca al servicio del reino de Dios. La participación como punto de partida para la movilización de la iglesia local para la Misión Integral no será, por supuesto, una actividad con resultados garantizados y con un éxito absoluto. Pero, como hemos comentado, el verdadero criterio para la evaluación de un ministerio pastoral o de liderazgo es el grado en que las personas pastoreadas se colocan en la misión.

La reflexión como fundamento de la acción misionera integral

Como hemos dicho anteriormente, la reflexión es el *acto segundo* que se deriva de la experiencia. De hecho, la expresión correcta, en lugar de simplemente hablar sobre la reflexión, tal vez sea *hacer teología*. Hacer teología es un fundamento básico de la acción misionera integral. Digo esto con todo cuidado porque sé que la mayoría de la gente en nuestras iglesias no ve la teología con buenos ojos.

Es interesante observar que existe una relación muy tensa entre la

La acción misionera integral, como respuesta a las necesidades, sólo será posible desde el momento en que tenga sentido para los miembros de la iglesia local.

iglesia y el seminario.⁶ El hecho es que hubo buenas razones en el pasado para esta desconfianza eclesial, sin embargo, ya no es posible sostener esta dicotomía. Por el contrario, la comunidad eclesial necesita de la teología en cuanto es reflexión sobre la fe, y la teología sólo encuentra su razón de ser cuando se ocupa de las cuestiones de nuestro contexto, incluyendo el contexto de la iglesia.⁷

Segun Jürgen Moltmann, no es posible afirmar una separación entre la teología y la comunidad eclesial; para él, no hay fe sin teología y cada cristiano es un teólogo(a):

La teología es la tarea común de todo el pueblo de Dios, no sólo de las facultades ni sólo de los seminarios de teología. La fe de toda la cristiandad busca el conocimiento y la comprensión, sino, no es fe cristiana. Por ello, el fundamento de toda especialización teológica es el ministerio teológico general de todos los creyentes, como consecuencia de la teoría reformada del “sacerdocio general de todos los creyentes”. Todos los cristianos, ya sean jóvenes o viejos, mujeres u hombres que creen y hacen alguna reflexión sobre ello, son teólogos. (2004:23).

La reflexión sobre la participación en una situación de *necesidad integral* no es sólo un elemento más, que tal vez sea importante. El hecho es que la acción misionera integral, como respuesta a las necesidades, sólo será posible desde el momento en que *tenga sentido* para los miembros de la iglesia local. En cuanto sea un programa del pastor, de la denominación, de la junta misionera, conseguirá solamente la adhesión formal de un grupo de personas que a buen seguro no estarán comprometidas con el proyecto más amplio. Por tanto, es necesario que cada miembro de nuestras iglesias teologice la Misión Integral, relacionándola con su contexto, siendo capaz de entender cuáles son los retos que lo rodean en su propia realidad y articulando propuestas sobre cómo responder a ellos. Y los miembros de la iglesia sólo *teologizarán* cuando haya una descentralización del púlpito.

Creo que no existe un símbolo más claro del poder ejercido por el clero sobre los laicos que el púlpito.⁸ En las iglesias del protestantismo histórico, el púlpito es la fuente del conocimiento que es vertido por el pastor sobre los miembros de su iglesia:

En los templos de estas iglesias, el altar ganó sintomáticamente el nombre de ‘púlpito’. La predicación conquista así el lugar más privilegiado de la celebración, lo que hace que, frecuentemente, la asistencia al servicio religioso sea determinada por la elocuen-

Afirmamos que el acceso al púlpito debe ser descentralizado: debe estar abierto a todos.

6 Wander de Lara Proença trata el asunto en Barro y Kohl, 2004, pp. 26ss.

7 No estoy negando la importancia de concebir la teología como una dimensión pública, sino reafirmando su relación con la realidad.

8 La cuestión del púlpito como símbolo es interesantísima y merecería un estudio más amplio. En la posmodernidad, los púlpitos han adquirido nuevos formatos que continúan intentando simbolizar su propia esencia de la comunidad local: desde los púlpitos de vidrio de las iglesias televisivas hasta el púlpito en forma de tabla de surf en la Iglesia Bola de Nieve (que fue tema de un reportaje de la edición 271 de la Revista Época), pero todos ellos continúan siendo monopolizados por la figura central de la iglesia.

cia del predicador, por su ortodoxia doctrinal, o por ambas cosas.
(Velasques Filho y Mendonça, 1990:156).

Pero esta centralidad no es patrimonio exclusivo de las iglesias más tradicionales. En las iglesias de línea pentecostal, el púlpito es el camino tomado por el poder del Espíritu Santo que llena la vida de los creyentes, y es la base a partir de la cual se producen las sanidades y expulsión de demonios. En todos los casos, el púlpito ocupa un papel central en la dinámica de la vida eclesial y es un lugar reservado para unos pocos. La participación de los laicos sólo es posible en raras ocasiones y en la mayoría de los casos en que alguien da un testimonio, un aviso o hace una lectura bíblica, esto sucede al lado del púlpito (el pastor se mantiene allí en pie, asegurando su lugar como la persona que sostiene el micrófono a su lado), o en un peldaño inferior de la plataforma.

Puede parecer contradictorio: ¿queremos promover la reflexión del pueblo de Dios y hablamos en contra de la centralidad del púlpito? El hecho es que, incluso en las iglesias más tradicionales, marcadas por predicaciones más expositivas y de doctrina, el púlpito acaba contribuyendo muy poco a la formación de una conciencia crítica de la realidad. Es por eso que, para permitir la participación activa de los miembros de la iglesia en general en el desarrollo de una teología que satisfaga el contexto en el que opera, entiendo que es preciso que el púlpito sea descentralizado. Esta descentralización se entienden en dos sentidos.

En primer lugar, afirmamos que el *acceso* al púlpito debe ser descentralizado: debe estar abierto a todos. Esto no significa por un lado, trivializar la predicación o la misma liturgia, abriendo la Palabra de manera indiscriminada a cualquier persona que se manifieste; por otra parte, tampoco se trata de crear una ilusión de participación, permitiendo a algunas personas leer un texto bíblico o dar testimonio desde aquel lugar físico.

Lo que quiero decir es que, para que el acceso al púlpito pueda estar abierto a todos, es necesario variar el *idioma oficial* hablado en él. Se necesita que el púlpito ya no sea sólo un lugar de exposición de verdades doctrinales que tienen poco o nada que ver con la realidad cotidiana de las personas que están escuchando. Antonio Gouveia de Mendonça, un respetado investigador en el sector del campo religioso del protestantismo tradicional, dice: “Todo el texto bíblico, se leía en los parámetros de la conversión y el mensaje⁹ debería llevar a la gente a la conversión. Cualquier texto estaba orientado y era utilizado para la conversión de las personas, *cualquiera fuese su situación personal o existencial*” (2002:22, énfasis añadido).

El problema no es que la lectura de textos tenga como objetivo convertir a las personas. El problema es que el púlpito ignora la situación vivencial de cada persona. Sea cual sea la situación personal, el mensaje es el mismo. Por lo tanto, una característica fundamental de la lectura de la Biblia con este tipo de predicación es la falta de reflexión sobre las

⁹ Es importante hacer una referencia a lo que el propio autor entiende como mensaje: “cuando aquí hablo acerca de mensaje, no me refiero al sermón. No uso la palabra mensaje en lugar de sermón. Es una expresión de religión, sea cual fuere. El mensaje es aquí la práctica de la religión en la vida, en la ética cotidiana, de un lado está el texto bíblico y del otro su resultante, el mensaje” (p. 17).

relaciones que el proceso de interpretación del texto pueda tener con el mundo del lector, tanto en su condición de *punto de partida*, es decir, de una situación desde la cual el lector podrá realizar el proceso, así como en el *punto de llegada*, o sea, de una situación nueva que el lector podría trabajar para construir. El resultado es que el púlpito no tiene nada que ver con la realidad de las personas.

También es preciso que deje de ser el sitio a partir del cual los principios normativos, restrictivos y las leyes sean promulgados. Los comentarios anteriores también se aplican a este tipo de uso del púlpito. Las leyes aprobadas no tienen en cuenta la realidad vivida por las personas. Por último, debe dejar de ser el lugar desde donde se escenifican verdaderas *atracciones gospel*. Ninguno de estos tres idiomas es capaz de promover la edificación verdadera del pueblo de Dios o de animar a estas personas para desarrollar el pensamiento acerca de su propia fe, relacionándola con la vida.

El *idioma oficial* del púlpito debe ser la experiencia de la fe. Debe ser un lenguaje realista que mire al mundo y vea sus problemas, y no un lenguaje triunfalista que nos llama a dejar de lado todo aquello que nos trae sufrimiento para adorar a Dios. Se debe abandonar el lenguaje de la persuasión, la coacción, y utilizar un lenguaje de comprensión, de participación. Debe abandonarse el lenguaje que tiene como supuesto que los miembros de la comunidad son responsables, únicamente, de escuchar y aprender las verdades pre-fijadas, del conocimiento pre-determinado, o tocante a las cosas que no deben hacer. Se debe buscar una práctica que tenga como objetivo desafiar a esas personas a interpretar su realidad y que puedan proponer nuevas orientaciones para la acción pastoral, con el fin de que la iglesia deje de ser objeto de la teología, de la reflexión sobre su fe y acción, y pasar a ser sujetos de las mismas. En resumen, el púlpito no debe ser un lugar donde se presentan exclusivamente las respuestas, sino donde se provoque la reflexión del pueblo de Dios, suscitando preguntas.

El segundo sentido para la descentralización del púlpito es que ya no debe ser el centro de la experiencia y la reflexión cristiana en la iglesia local. Es decir, que haya vida cristiana y reflexión sobre la fe cristiana lejos del púlpito.

El hecho es que, como ya se ha indicado anteriormente, el púlpito es aún el centro de la celebración comunitaria evangélica. Sea por la predicación o por la oración poderosa, sigue siendo el eje para la vida cristiana de muchas personas, y queda poco espacio fuera de él.

Para que ocurra una descentralización del púlpito en este sentido, es necesario contar con una multiplicación de espacios, de situaciones de lectura de las Escrituras. Para ello, no es necesario que el sermón, de la manera en que se da en gran parte de nuestras iglesias, sea abolido. Entendemos que el espacio puede ser mantenido. Es deber del pastor propiciar momentos donde la comunidad pueda reunirse y realizar el ejercicio de interpretación comunitaria, plural, con una íntima conexión con la realidad de la vida, momentos en que las personas puedan dedicarse libremente a la lectura de la Biblia. El pastor sería, en primer lugar,

Para que ocurra una descentralización del púlpito es necesario contar con una multiplicación de espacios, de situaciones de lectura de las Escrituras.

responsable por crear un ambiente donde haya una “ausencia de coerción interna y externa en una simetría de posiciones entre partidarios y opositores”.¹⁰ Es decir, es su función crear una situación en la que todas las personas tengan igual acceso a la conversación, sin jerarquías, sin coacciones y sin vergüenza de expresar opiniones y hacer preguntas.

Otra forma de hablar sobre el papel del pastor en la descentralización del púlpito es decir que debe *hacerse plebeyo*. Ésta es una expresión utilizada por Carlos Queiroz en la inauguración del 8º Congreso Brasileño de Evangelización.¹¹ Se refiere a una propuesta para invertir la doctrina del sacerdocio universal de todos los creyentes:

Con el fin de romper la dominación de los sacerdotes y su institución en relación con el pueblo, los reformadores crearon el lema del ‘sacerdocio universal de todos los santos’(...) Supongo que en nuestro contexto, se propone una ‘desclericalización’– una especie de plebelización universal de todos los sacerdotes. Es más bíblica y fácil la inclusión de los sacerdotes en la plebe que la inclusión de los plebeyos entre los sacerdotes. Jesucristo fue identificado más como plebeyo de Nazaret que como sumo sacerdote.
(2004:31).

La propuesta de Queiroz es invertir la tendencia actual de que el pastor o líder se aísle de su comunidad. Por el contrario, él o ella debe insertarse en el contexto de los miembros de su iglesia y debe *plebelizarse* para que, de esta manera, las preocupaciones de los laicos sean sus preocupaciones, los deseos de las personas sean sus deseos, los proyectos de la plebe sean sus proyectos. Sólo de esta manera la misión integral podrá encontrar su camino y su realización en el seno de las comunidades locales.

La idea, por lo tanto, no consiste en poner solamente a algunos laicos en el púlpito y pretender que, con esto, haya una mayor descentralización e igualdad entre el pueblo de Dios. La idea de los pequeños grupos o células que, en principio, pretendían posibilitar el sacerdocio universal, corren riesgos similares a los ya mencionados anteriormente, pudiendo simplemente ampliar el clero: cada líder celular se convertiría en un sacerdote de ese pequeño grupo.

Antonio Carlos Barro expresa la misma opinión hablando de los presbíteros:¹²

los presbíteros no deben votar según su propia opinión, sino que deben estar entre la gente, para sondear a la gente y ver cuál es la opinión de la iglesia sobre determinado asunto y expresar así su

10 El concepto de una “situación ideal de conversación” que traemos, es defendido por el filósofo alemán Habermas cuando propone lo que él llama Teoría de Acción Comunicativa. Otros presupuestos de este tipo de acción se encontrarán insertos en varias de las ideas enunciadas en esta sección.

11 EL CBE2 fue realizado entre el 27 de octubre y el 1 de noviembre de 2003 en Belo Horizonte.

12 Esa nomenclatura es típica de la Iglesia Presbiteriana del Brasil: los presbíteros son representantes electos por la comunidad local para componer lo que es denominado Consejo, del cual es presidente el pastor de la iglesia. En la IPB, el Consejo es responsable por el “gobierno y administración de la iglesia local”.

voto. No hay que olvidar que son representantes de los miembros de la iglesia. (2004).

Así que, en lugar de convertirse en un nuevo clero que impone las decisiones de forma vertical sobre los laicos, los presbíteros, o sea, los líderes laicos de la comunidad local, deben seguir siendo laicos, deben seguir siendo miembros de la iglesia, dando voz a las opiniones de los mismos.

La consecuencia de esto es un nuevo redimensionamiento de la función pastoral y de los líderes. Es dejar de imponer planes de acción o de convencer a la comunidad de que el camino a seguir por la iglesia local es aquel impuesto por el liderazgo. Mediante la inserción en medio de su comunidad, el líder puede ser un catalizador para las ideas de la gente, puede expresar la voz de su laicado, puede hacer que las ideas que surgen dentro de la comunidad puedan *subir* hasta las directrices generales de la iglesia, definiendo rumbos y estableciendo planes.

En la actualidad, hay un intento por parte de muchas iglesias, de crear espacios así. Esto se da a través de las llamadas células, que por definición son grupos pequeños que se reúnen en una situación donde hay libertad para que cada uno exprese sus dudas y sus inquietudes, sus preguntas y sus sensaciones. Celebramos este modelo como una oportunidad para que se viabilice el sacerdocio universal de los creyentes, ya que descentraliza las reuniones, tal vez desinflando un poco el papel del pastor. Sin embargo, algunos modelos de células apuntan mucho más hacia una simple reproducción de lo que se hace a mayor escala en los cultos. Muchas iglesias, incluso, regulan la discusión de los textos bíblicos en las células como una revisión del último sermón del domingo. Éste no es, ciertamente, el modelo que estamos buscando. Pero debemos apreciar este esfuerzo y experimentar la posibilidad de utilizar una estructura similar.

Para que la reflexión del pueblo de Dios pueda ser una base sólida para la acción misionera integral, es preciso que acontezca en otros espacios y sea promovida por otras personas además del pastor. Si sucede en otros espacios, automáticamente se realizará a partir de otros contextos, de otras preguntas, de otras situaciones distintas de la situación litúrgica. Siendo promovida por otras personas, acarreará consigo otras perspectivas, otros desafíos. De limitarse a la promoción realizada por el pastor, esta reflexión reflejará las preocupaciones del mismo: el cuidado de su iglesia. Estando abierta a miembros de la iglesia, vehiculará las preocupaciones de ellos: vivir la vida, con sus dificultades, retos y necesidades.

La acción como resultado de la participación y la reflexión

Un primer involucramiento o participación hace que los miembros de la iglesia local sean despertados para luchar contra la desigualdad y la opresión que sufren las personas en la sociedad en general. La reflexión hace que este 'despertar' se consolide y que las realidades de injusticia alrededor de los miembros (y no solo aquella que puede ser identificada a distancia) sean abordadas y que sean planeadas soluciones para los

problemas. Llega entonces el momento de *actuar*.

Quiero proponer algunos principios para la acción misionera integral, haciendo una conjunción entre el pensamiento de dos autores: Jürgen Moltmann y Tetsunao Yamamori. El primero habla de la misión del Espíritu Santo en la reconstrucción de la vida como un todo, en otras palabras, su misión integral. El segundo habla del ministerio integral de la iglesia local. Ambos son complementarios cuando pensamos que:

El Espíritu Santo es un espíritu misionero, por lo que la evangelización debe surgir espontáneamente de una iglesia llena del Espíritu. La iglesia que no es misionera, se contradice y apaga el Espíritu (...) Por consiguiente, instamos a todos los cristianos a orar pidiendo la visita del Espíritu soberano de Dios, de modo que todos sus frutos puedan aparecer en todo su pueblo, y que todos sus dones enriquezcan al cuerpo de Cristo. (Lausana, 1974: # 14).

La iglesia debe buscar, a partir de sus miembros, los medios para acercarse, participar y trabajar con las personas necesitadas.

El primer principio nos dice que una iglesia local involucrada en la actividad misionera integral promueve el crecimiento continuo de sus dirigentes y miembros a través del compañerismo y la edificación. La primera área en la que la renovación y la misión del Espíritu Santo actúa es, justamente, una renovación del propio pueblo de Dios. Es importante hacer hincapié en este principio, porque todos nuestros argumentos en pro de una pastoral del reino de Dios, de la misión como criterio de evaluación para el ministerio pastoral, etc., nos podrían inducir a pensar que la dimensión interna está siendo descuidada. Esto no es cierto.

Orlando Costas destaca la necesidad de un crecimiento orgánico de la iglesia local (1990:113) y la importancia de la comunión del pueblo de Dios para la evangelización (1974:31). El propio Pacto de Lausana lo hace también en la forma de una confesión: “Confesamos que a veces nos hemos empeñado en lograr el crecimiento numérico de la iglesia a expensas de lo espiritual, divorciando la evangelización de la edificación de los creyentes” (# 11). Sin embargo, una vez más es importante destacar: El crecimiento interno no es un fin en sí mismo sino un medio para la misión.

El segundo principio es que la iglesia debe buscar, de forma consciente y sistemática, los medios para acercarse, participar y trabajar con las personas necesitadas. Cuando digo que la iglesia local debe hacer esto, debe quedar claro que esta iniciativa se da *a partir de los miembros* y no del liderazgo, quien define cuáles serán las acciones promovidas.

Hay una doble importancia de esta declaración. La primera es que propone la implementación de las acciones misioneras integrales en torno a proyectos concretos: estas acciones ya no se dan en principios, ideas, propuestas, o en un deseo de hacer algo, resultado de un primer involucramiento, sino que se dan de manera concreta. Es bueno decir que este proceso debe ser gradual. Yamamori dijo que “la iglesia local debe operar comenzando pequeños proyectos, conociendo el terreno antes de involucrarse con proyectos más grandes” (2000:14). La segunda razón de la importancia de este principio es que este tipo de proyectos se convierten en los medios a partir de los cuales los nuevos miembros pueden ser involucrados, reiniciando todo el proceso de movilización.

Este principio esconde en sí mismo algunos pasos muy importantes: se necesita planificar, hacer un cronograma, ejecutar y evaluar los resultados de tales acciones. Los límites de este artículo no nos permiten entrar en estos temas ahora.

El tercer principio es que la iglesia local no debe tratar a las personas alcanzadas por las acciones como objetivos sino como socios. Se entiende que la acción misionera integral es, como se establece en el Pacto de Lausana, una consecuencia de la acción del Espíritu Santo en la vida de la iglesia local. Entonces no podemos pensar que nosotros somos los *dueños* de estos proyectos: muy por el contrario, somos tan *alcanzados* por el Espíritu como aquellos que no son miembros de nuestra iglesia y se benefician de sus acciones.

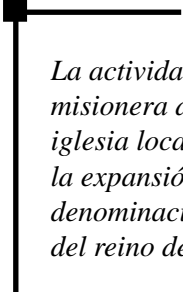
Yo entiendo que este principio es absolutamente fundamental. Las acciones misioneras, tanto aquellas llevadas a cabo por las naciones del Atlántico Norte en dirección al África, Asia y América Latina, como aquellas promovidas por una iglesia en el centro hacia una de la periferia, generalmente se realizan desde una perspectiva de *superioridad*. Un grupo de gente más rica, más poderosa, más santa, más en línea con la preferencia de Dios, sacrificialmente va en busca de las personas más pobres y menos santificadas. Este paradigma ya no puede sostenerse en la iglesia.

Los Evangelios nos hablan de un Jesús que, “siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres” (Filipenses 2:6,7). El fundamento es que *nos volvamos semejantes*. La Misión Integral no es posible verticalmente, de arriba a abajo, sino sólo en sentido horizontal.

Este principio teológico tiene una consecuencia práctica importantísima. Su violación causa en la gente alcanzada una sensación de impotencia y de dependencia, por lo que las acciones emprendidas acaban convirtiéndose simplemente en acciones asistencialistas. Esta es la crítica más grande y más precisa que la sociedad civil hace a la acción diaconal de las iglesias evangélicas: la mayoría de las veces, solamente asistimos a las personas en su situación sin ofrecerles la oportunidad de ser agentes de su propia transformación. Sin embargo, cuando observamos este principio, estamos siendo utilizados por el Espíritu para hacer de estas personas agentes de su propia transformación. Ellas dejan de ser *objetos* de nuestras acciones y pasan a ser responsables de promover la vida plena en el reino de Dios.

El cuarto principio nos dice que la actividad misionera de la iglesia local no es la expansión de una denominación, sino del reino de Dios. Aquí me gustaría citar a Moltmann textualmente: “Cuando la pasión por el futuro [o reino] de Dios toma el lugar de la expansión de la iglesia, entonces no exportaremos más los feos cismas eclesiásticos europeos, ni ampliaremos el denominacionalismo religioso en lugar de esperanza para el reino de Dios” (2002:29).

No podemos pensar en la Misión Integral en términos de expan-




La actividad misionera de la iglesia local no es la expansión de una denominación, sino del reino de Dios.

sionismo eclesiástico. Cuando lo que queremos es simplemente ver a nuestras denominaciones crecer, aparecen algunas de las crisis más fútiles que son comunes en estos casos: Si una familia deja de ir a los cultos, ¿puede continuar recibiendo canastas de alimentos? Si una persona no se arrepiente y no abandona todas las prácticas que mi iglesia condena, ¿debe seguir recibiendo atención? Si una persona atendida por nuestro proyecto empieza a asistir a otra iglesia, ¿tengo que seguir en contacto con ella? Todas estas preguntas pueden sugerir una acción muy bien intencionada, loable, importante, pero se basan en el supuesto equivocado de la expansión denominacional.

La acción misionera integral, finalmente, es un esfuerzo que parte de los miembros misioneros y edificados de la iglesia local, pasa a través de propuestas concretas de posibles proyectos, implica la acción de las personas de la comunidad en cuestión y tiene como fin el criterio del reino de Dios.

Consideraciones finales

La movilización de la iglesia local para la Misión Integral no es un esfuerzo puntual realizado en un espacio limitado de tiempo. Más bien, es una dimensión permanente de la actividad misionera y pastoral del pueblo de Dios. Una iglesia local nunca estará plenamente involucrada en este emprendimiento, ya que siempre habrá nuevos conversos, siempre habrá personas que no estén involucradas, reflejando las formas a través de las cuales pueden estar en acción. Además de esto, como pastores y líderes, tenemos que tener la tranquilidad de percibir que nunca habrá una plena participación en proyectos como esos. Nos queda la oración que se ha mencionado aquí, “Hacemos un llamado a todos los cristianos a orar pidiendo la visita del soberano Espíritu de Dios, de modo que todos sus frutos aparezcan en todo su pueblo.” 

Bibliografia

- BARBOSA, Ricardo. 2004. “Missão e espiritualidade”. In CBE. *Missão Integral*. Viçosa: Ultimato.
- BARRO, Antonio Carlos. 2004. “A igreja do século XXI”. Palestra proferida na 19a Reunião do Presbitério Grande Londrina em 17/12/2004.
- BARRO Jorge. 2003. “O pastor urbano é um teólogo da missão urbana”. In BARRO, Jorge. *O pastor urbano*. Londrina: Descoberta.
- BARRO, Jorge Henrique (org.) 2004. *Uma igreja sem propósito*. São Paulo: Mundo Cristão.
- BOSCH, David J. 2002. *Missão Transformadora: Mudanças de paradigma na teologia da missão*. São Leopoldo – Sinodal/ EST.
- COSTAS, Orlando. 1979. *The Integrity of Mission: The Inner Life and the Outreach of the Church*. San Francisco: Harper & Row.
- COSTAS, Orlando. 1990. “Dimensões do crescimento integral da igreja”. In STEUERNAGEL, Valdir (org.). *A missão da Igreja*. Belo Horizonte: Missão Editora.
- FARRIS, James. 2001. “O que é Teologia Prática?” In *Caminhando*, volume VI, nº 8. São Bernardo do Campo, Sp: Editeo/UMESP, julho 2001.
- MENDONÇA, Antonio Gouveia de. 2002. “Hermenêutica bíblica das missões protestantes”. In *Revista Teológica Londrinense* 4. Londrina- PR: UNIFIL/ STAGS.
- MOLTMANN, Jürgen. 2002. *A fonte da vida: O Espírito Santo e a teologia da vida*. São Paulo: Loyola.
- MOLTMANN, Jürgen. 2004. *Experiências de reflexão teológica: Caminhos e formas da teologia cristã*. São Leopoldo: Unisinos.
- PACTO DE LAUSANNE. 2003. Comentado por John Stott. Série Lausanne 30 anos. São Paulo: ABU Editora.
- PADILLA, René. 1992. *Missão Integral: Ensaio sobre o reino e a igreja*. São Paulo: FTL Temática.
- PADILLA, René y YAMAMORI, Tetsunao. 2003. *La iglesia local como agente de transformación*. Buenos Aires: Kairós.
- PETERSON, Eugene. 2000. *Um pastor segundo o coração de Deus. A base da integridade pastoral*. Rio de Janeiro: Textus.
- QUEIROZ, Carlos. 2004. Palavra de abertura. In CBE. *Missão Integral*. Viçosa: Ultimato.
- ROSA, Ronaldo Sathler. 1996. “Aconselhamento pastoral e educação”. In *Revista Estudos de Religião*. Nº 12 – Teologia pastoral. São Bernardo do Campo: UMESP, ano XI, nº12, dezembro 1996.
- SARACCO, Norberto. 2001. “Missão e missiologia desde a América Latina”. In TAYLOR, William D. *Missiologia global para a América Latina*. Londrina: Descoberta.
- VAN ENGEN, Charles. 1996. *Povo missionário, povo de Deus*. São Paulo: Vida Nova.
- VELASQUES FILHO, Prócoro e MENDONÇA, Antonio Gouveia de. 1990. *Introdução ao protestantismo no Brasil*. Sao Paulo: Loyola.
- VOLKMANN, Martin. 1998. “Teologia Prática e o ministério da Igreja”. In SCHNEIDER-HARPPRECHT, Christian. *Teologia Prática no contexto da América Latina*. São Leopoldo/São Paulo: Sinodal/ASTE.
- Von ZUBEN, Reginaldo. 2005. “Apontamentos prático-teológicos a partir da doutrina da Trindade”. In BARRO, Jorge Henrique e LOPES, César Marques (Eds.). *Revista Práxis Evangélica*. Londrina: Faculdade Teológica Sul Americana/Descoberta. Nº 7, abril 2005.
- YAMAMORI, Tetsunao e PADILLA, René. 2000. *El proyecto de Dios y las necesidades humanas*. Buenos Aires: Kairós.